

Teresa de Jesús y Catalina de Cardona: rigores y santidad

Teófanés Egido

Con ocasión del centenario del nacimiento de santa Teresa aparecieron, como era de esperar, numerosos trabajos que la miraban desde ángulos y con ojos muy varios. Algunos de los trabajos, la mayor parte, fueron fruto de congresos y encuentros, de proyectos colectivos de investigación, de números monográficos de publicaciones periódicas. Otros se tradujeron en libros, también de variada estirpe, testigos a fin de cuentas del atractivo que en los historiadores de su época ejerce la persona de Teresa de Jesús. Tratándose de una mujer singular, de una monja también, de una escritora tan elocuente y con fuentes tan directas como son sus escritos, fue comprensible (y muy de agradecer para los “teresianistas”) que dos historiadores consumados, Ricardo García Cárcel y Rosa María Alabrús, preocupados por estas mujeres, por sus relaciones, por sus mensajes, y que ya se habían acercado a ella con aproximaciones históricas certeras, regalaran un libro así, tan serio y rebotante de logros y de sugerencias como *Teresa de Jesús. La construcción de la santidad femenina* (Editorial Cátedra, Madrid, 2015).

El subtítulo desvela una clave de lectura y de interpretación de estas páginas que a mí, personalmente, me ha convencido y agradado, y lo digo como homenaje a sus autores, que ya hace mucho tiempo, y no tengo por qué ocultarlo (yo no sé si decirlo así será serio), me regalan también una amistad tan alentadora para mí. El subtítulo, en efecto, abre perspectivas clarificadoras para llegar a la realidad siguiendo todo un proceso secular de fabricación de los santos, y no solamente por procedimientos canónicos, por exigencias de la hagiografía, sino también por factores complejos analizados en estas páginas. En ellas aparece, cómo no, y dentro de la santidad femenina, bien conocida por los autores, y esencial para la comprensión de santa Teresa, y sensiblemente relacionada con ella, “alguna situación singular”, como fue, de forma muy sensible, el caso extraño, a más no poder para nosotros, no tanto para entonces, de la “buena mujer”, la “madre”, “la venerable”, Catalina de Cardona, de orígenes catalanes. Se la presenta como modelo admirado y atractivo del rigor extremo y, por lo tanto, y para un sector nada deleznable de descalzos, como antítesis, da la sensación de que como alternativa, de la madre Teresa de Jesús, de su estilo, de su reforma, de su

espiritualidad. En ella, y en su significado, claramente insinuado por Ricardo García Cárcel y Rosa María Alabrús, tratará de fijarse también esta leve reflexión.

La santidad del rigor tiene su historia

Las reformas de las órdenes religiosas a partir de la baja Edad Media, después de la “peste negra”, nacieron bajo el signo del rigor. Manifestación de aquel espíritu fue la reforma de los franciscanos de fray Pedro de Villacreces (h. 1350-1422) y vivida por fray Pedro Regalado en los eremitorios de La Aguilera y El Abrojo. Me permito recordar el proceso franciscano porque, aunque tardíamente, la madre Teresa de Jesús se encontró con alguna de sus pervivencias, concretamente con la de fray Pedro de Alcántara. Era como el heredero y trasmisor de las anteriores y primeras reformas franciscanas, las de aquellos eremitorios de finales del siglo XIV y principios del XV, que soñaban en volver al estilo de vida primitivo (y en buena parte imaginado) del fundador en la Porciúncula. Tenemos la suerte de que uno de los discípulos de Villacreces, fray Lope de Salazar, recogiese en su crónica aquellas “costumbres santas”, aquel reinado del rigor. Y, también como siempre, puede constatarse cómo la mortificación pretendía el crecimiento del alma castigando al cuerpo, y cómo la permanencia del neoplatonismo (con sus fondos maniqueos y la transmisión agustiniana) fue más duradera y arraigada de lo que a veces se puede pensar.

Al cuerpo había que disciplinarlo con cilicios y malos tratos, con el mal y corto vestir, con el poco y mal dormir, con el no mirar, sobre todo con el poco y mal comer. Por eso, puede interesar para la historia de la alimentación el acercarse a aquellos refectorios con sus castigos del estómago. Lo describe quien cocinaba, el mencionado fray Lope, y obsérvese la fruición con que narra estas privaciones:

Cuando daban algunas veces carne en los grandes trabajos a los frailes, esta carne era cabezas y livianos que daban por Dios los camiceros a fray Pedro de Salinas en Valladolid y en Aranda y en Roa, y yo era el cocinero de ellos. Y por grande especialidad se guardaba la lengua y los sesos para el dicho padre viejo. Empero, apenas me acuerdo que carne de la canal se trajese para los frailes, si no fuese para su vejez, y si algún poco sobraba de lo que para él se traía, hacíamelo hacer tasajos y poner al sol, y aquello, con las cabezas y livianos traídos del domingo, en verano daba yo a los frailes trabajadores de sol a sol los jueves, lleno de gusanos y hediondo, de manera que por gran consolación hubieran los frailes nunca lo comer, y que se lo mudara en fruta, la cual les daba yo muy escasa y por cuenta. Y cuando algunos peces gruesos, barbos o anguilas sacábamos del río, luego los mandaba llevar al prior de San Benito y a los amigos espirituales de Valladolid. Y así (omito otros datos similares), ordenaba de tal manera sus ermitas, que los frailes aborreciesen el comer carne y beber vino porque, si no eran tres viejos que bebían expensa por mi mano y el buen maestro (Villacreces), no me acuerdo de otro fraile alguno que en las casas bebiese vino.

Los rigores presuponían el menosprecio de las actividades intelectuales, a las que se acusaba de haber sido las causantes de las relajaciones medievales a causa de los privilegios de los letrados, de los catedráticos de universidades, de los escritores, en contradicción con la simpleza que quiso san Francisco, “que –decían– determinó que todos los frailes perseverasen en santa simpleza e ignorancia y paciencia de aquellos que llamasen indoctos, necios y asnos”. La enemiga a la “esciencia mundanal” podría verse como un tanto extraña en fray Pedro de Villacreces, que había pasado por las universidades más afamadas y que nunca, al parecer, se despojó de su valiosa biblioteca, pero que confesaba tras su conversión que “más aprendí en la celda, llorando en tiniebla, que en Salamanca o en Tolosa o en París estudiando a la candela”. “El primer estudio que él enseñaba a sus discípulos era el llorar y aborrecer el estudio de las letras”. Lo del llorar era propio de aquellas espiritualidades que anatematizaban la risa como otra de las “destemplanzas y relajaciones”.

Me he detenido en este recuerdo de tiempos lejanos porque en los de la madre Teresa de Jesús había incorporado estos valores antiguos la reforma de fray Pedro de Alcántara, modelo de primera hora para doña Teresa de Ahumada. Quiere decirse que el rigor por el rigor se había convertido en el medio, incluso en el fin, de la perfección, de la santidad. Los rigores extremos, pero así, exhibidos, era también lo que demandaba a sus santos aquella sociedad sacralizada. La hagiografía que del “santo fray Pedro de Alcántara”, del “bendito fray Pedro de Alcántara”, teje en el “Libro de su Vida” (capítulo 27) la madre Teresa de Jesús manifiesta su fascinación primera por el rigor, por las penitencias, más celebradas cuanto más increíbles y que habían llevado el cuerpo de fray Pedro a “tan extrema flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles” (y la imagen la había leído Teresa cuando era niña en el libro de caballería *Las sergas de Esplandián*). Ofrecemos una antología mínima de las formas de castigo del cuerpo de fray Pedro tal como “lo dijo” (y esto es lo raro, que anduviera diciéndolo) a, entre otras, doña Teresa de Ahumada.

Por lo que se refiere a la mortificación en el tiempo y en la forma de *dormir*:

Paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios de vencer el sueño, y para esto estaba siempre o de rodillas o en pie. Lo que dormía era sentado, y la cabeza arimada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda (como se sabe) no era más larga de cuatro pies y medio.

En cuanto a su *vestir*:

En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las

carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mismo encima. Decíame que en los grandes fríos se le quitaba, y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda para que, con ponerse después el manto y cerrar la puerta, contentara el cuerpo, para que sosegase con más abrigo.

De la *comida* (o lo que fuera) dice que “Comer a tercer día era muy ordinario. Y díjome que de qué me espantaba, que muy posible era a quien se acostumbraba a ello. Un su compañero me dijo que le acaecía estar ocho días sin comer”.

También había que mortificar *la vista*:

Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres años en una casa de su orden y no conocer fraile, si no era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y así a las partes que de necesidad había de ir, no sabía, sino ibase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos. A mujeres jamás miraba. Esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver que no ver.

El ideal de la Madre Teresa de Jesús

Lo anterior, y la historia de los primeros tiempos de la descalcez carmelitana, dejan sospechar que la madre Teresa de Jesús soñaba con comunidades rigurosas de monjas, al menos con la primera, la de San José de Ávila, y en un rigor cifrado en la clausura rigurosa, en la igualdad de las descalzas y, de forma especial, en la pobreza no sólo personal, también en la colectiva, comunitaria y administrativa. Es decir, pretendía la libertad y no la dependencia de fundadores y fundadoras (más éstas que aquéllos) que financiaban la fundación respectiva pero a cambio de esclavitudes y condiciones que no iban con el talante de la Madre. Prefería vivir de limosna, del trabajo de sus monjas, antes que de rentas y de dotes. La había marcado el estilo de vida, tan desigual, de la Encarnación. Y en cuanto al otro ingreso, el de las dotes de las monjas, también en aquel convento primero se eliminaron como condición de ingreso. Para afianzar este proyecto y convertirlo en realidad recurrió a Roma (o recurrieron otros por ella), tuvo sus diferencias con el obispo (temeroso de otro convento de limosna), pero tuvo, sobre todo el consejo duro de fray Pedro de Alcántara contra los letrados sensatos, y tuvo la experiencia sobrenatural que siempre confirmaría lo que ella pensaba:

Me dijo el Señor que en ninguna manera dejase de hacerlo pobre, que ésta era la voluntad de su Padre y suya, que él me ayudaría. Otra vez me dijo que en la renta estaba la confusión y otras cosas en loor de la pobreza, y asegurándome que a quien le servía no le faltaba lo necesario para vivir (Vida 35,6).

Los rigores personales, como eran el ayuno y la abstinencia de carnes por todo el año, la estrechez y cortedad del hábito, de las túnicas, y sobre todo su tosquedad, se

aplicaron también como signos necesarios de identidad. Pero la madre Teresa de Jesús actuó con libertad y sensatez inhabituales y precoces, por supuesto impropias del rigorismo radical. Puede seguirse un proceso muy elocuente de adaptaciones a las circunstancias y de subordinación de los rigores a la virtud.

Así, y por lo que se refería a la renta (del capital fundador), no se ha necesitado para la segunda fundación, Medina del Campo (1567), tan poblada, activa y rica, y por tanto villa de limosnas y de pobres. Pero ya en la tercera fundación, la de Malagón (1568), se planteó el problema, al tratarse de un lugar con no muchos vecinos y, además, de señorío de la gran amiga doña Luisa de la Cerda. No encontró dificultad la madre fundadora en prescindir de los rigores y en seguir el dictamen de letrados tan valorados por ella como fray Domingo Báñez:

Yo no le quería admitir en ninguna manera, por ser lugar tan pequeño, que forzado había de tener renta para poderse mantener, de lo que yo estaba muy enemiga. Tratado con letrados y confesor mío, me dijeron que hacía mal, que, pues el santo Concilio daba licencia de tenerla, que no se había de dejar de hacer un monasterio adonde se podía tanto el Señor servir por mi opinión. Con esto se juntaron las muchas importunaciones de esta señora, por donde no pude hacer menos de admitirle. Dio bastante renta, porque siempre soy amiga de que sean los monasterios, o del todo pobres, o que tengan de manera que no hayan menester las monjas importunar a nadie para todo lo que fuere menester (*Fundaciones* 9,3).

En este caso, como en el de Alba de Tormes, en el de Soria, la Madre será exigente, hasta quisquillosa a veces, con las fundadoras. Lo razonaba ella misma explicando su proceder:

Siempre he pretendido que los monasterios que fundaba con renta la tuviesen tan bastante, que no hayan menester monjas a sus deudos ni a ninguno, sino que de comer y vestir les den todo lo necesario en la casa, y las enfermas muy bien curadas; porque de faltarles lo necesario vienen muchos inconvenientes. Y para hacer muchos monasterios de pobreza sin renta, nunca me falta corazón y confianza, con certidumbre de que no les ha Dios de faltar; y para hacerlos de renta y con poca, todo me falta; por mejor tengo que no se funden (*Fundaciones* 20, 13).

“Que de comer y vestir les den todo lo necesario” revela ya que los rigorismos no van con la fundadora, que no tendrá inconveniente en prescindir de algo tan serio como la abstinencia cuando ello sea necesario. Es lo que aconteció en la tercera fundación de descalzas. Malagón no era fácil a la provisión de pescado, y que se comiera carne mandaba para las enfermas, incluso en Sevilla. Por cierto, que dados los calores del Andalucía que tanto la atormentaban, aconsejaba que el hábito fuese más leve, aunque hubiera que cambiar a color más claro, que ya era decir.

Lo mismo aconteció con la idea primitiva de las rentas. Se fue generalizando este medio de asegurar la economía conventual, y al final de su vida, cuando también en San José de Ávila se había admitido la renta tan reprobada al principio y cuando se estaban preparando las Constituciones de 1581, algo tan cordial antes se mira ahora como secundario, casi hasta como un recuerdo histórico, tal y como escribe a Gracián (Palencia, 21 febrero 1581):

En nuestras Constituciones dice sean de pobreza y no puedan tener renta. Como ya veo que todas llevan camino de tenerla, mire si será bien se quite esto y todo lo que hablare en las Constituciones de esto, porque quien las viere no parezca se han relajado tan presto, o que diga el padre comisario que, pues el concilio da licencia, la tengan.

Lo mismo acontece con lo que en el ideal primero de la madre Teresa tenía tanta importancia: las dotes de las que pedían ser descalzas. En los orígenes, en la historia de San José de Ávila, y para evitar aquellas desigualdades tan visibles y, a veces, dolorosas del monasterio de la Encarnación, y como integrante sustancial de la pobreza, no fue preciso aportar dotes. Uno de los motivos gozosos de la inauguración del convento descalzo fue precisamente el de que fueran pobres las primeras conventuales. El primer biógrafo-hagiógrafo de la Madre, el jesuita Francisco de Ribera, que conoció a aquellas primeras novicias, escribe a propósito de las primitivas que osaron encerrarse en aquel espacio mínimo, que a la fundadora, más que lo material, le importaba “buscar piedras vivas que fuesen cimiento conveniente al edificio espiritual que pretendía levantar” (*La vida de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de las Descalzas y Descalzas Carmelitas*, Salamanca, Pedro Lasso, 1590, pp. 120-121). E insiste en la ausencia de dote, en su pobreza y desamparo, exagerando, no hay duda, puesto que algo aportaron y estaban relacionadas con benefactores del convento.

Con estas “conventuales”, en este espacio, echó a andar el primer monasterio dedicado a San José en toda la cristiandad “día de san Bartolomé” (o sea: 24 de agosto). La misma fundadora se encargaría de levantar el acta del acontecimiento y de asentarla en el libro de la Vida (Vida 36, 5-6). Y comenta: “Pues fue para mí como estar en una gloria ver poner el Santísimo Sacramento y que se remediaron cuatro huérfanas pobres (porque no se tomaban con dote) y grandes siervas de Dios”.

En este particular, como en todo lo relacionado con el dinero, la mentalidad teresiana sufrió una profunda, por no decir radical, transformación a medida que su programa original de Reforma se fue matizando al contacto con las realidades, tanto personales de “quererse remediar” cuanto con las impuestas por la situación económica de Castilla, que no era la misma en 1562 que en 1582: “Creo, padre mío, que es un deleite para mí cada vez que tomo alguna que no trae nada, sino que se toma sólo por Dios y ver que no tienen con qué y lo habían de dejar por no poder más”, escribía al padre Báñez en 28 de febrero de 1574.

No obstante —y también operan aquí vivencias anteriores—, hay que encarar el riesgo de la que entra “no sea sólo por remediarse”, escribía en *Camino de perfección* (14,1). Para obviar este otro peligro establecerá el principio: “Dejar de dar algún dote no conviene”, que decía a la amiga priora de Sevilla, María de San José, ya en 6 de mayo de 1577. Y es que después de la crisis castellana de 1575 se clarificaría la mente de la Santa en este asunto, y llega a calibrar a las candidatas que, naturalmente, cumplan otros requisitos, por sus dotes. Se alegra porque en Beas, bien necesitada de ello, “han recibido una monja que vale su dote siete mil ducados” y porque “otras dos están para entrar con otro tanto”. Aconseja a María de San José: “La monja tome enhorabuena, que no es mal dote el que dice tiene”, o le previene que no acepte por las buenas a una portuguesa, “que he sabido que no le sacarán blanca, y no estamos en tiempo de tomar de balde” (Cartas al P. Ambrosio Mariano, 21 octubre 1576; a María de San José, 11 julio 1577; 26 de septiembre 1576).

En conclusión, en la fase definitiva el ingresar sin dote fue algo excepcional ya. La norma consistió en urgir la aportación que, dentro de la gama de variedades, y para las disponibilidades del tiempo de Felipe II, fue privilegio sólo de algunas. Si en San José de Ávila, al principio, “se remediaron cuatro huérfanas pobres (porque no se tomaban con dote)”, al extenderse, la reforma descalza dejó de tener carácter asistencial, y sus monasterios, en lugar de refugio de menesterosas y albergue de aristócratas (no faltaron ni las unas ni las otras), se convirtieron en conventos nutridos sustancialmente por elementos de extracción burguesa.

El carácter «burgués» se reafirmó al aplicar a las candidatas las condiciones requeridas por la Santa; entre éstas se pone énfasis especial en no admitir a las analfabetas y en que las novicias “tengan habilidad para rezar el oficio divino” (*Constituciones*, 21). Conocidos —o sospechados— los niveles de alfabetización de entonces, la masa campesina queda automáticamente excluida de los monasterios teresianos. Los libros de profesiones primitivos son elocuentes al respecto: bastantes de las freilas (legas exoneradas de la dote, a las que se exige ser «recias» para las tareas serviles) no saben firmar —recuérdese el caso interesante de Ana de San Bartolomé—, y la relación de origen geográfico de la casi totalidad de las descalzas en 1581 descubre el panorama expresivo de las monjas de coro (con dote), de extracción urbana en elevadísimo porcentaje, frente a la escasa minoría de freilas, de extracción preferentemente rural.

Por fin, y por lo que se refiere al rigor, y a las diferencias en esta dimensión entre la mente de la madre Teresa, lectora empedernida desde la infancia, es preciso recordar cómo entre los rigores jamás entró en su universo mental el de castigar la lectura, los libros. Es una lástima que no podamos detenemos en este capítulo tan expresivo, pero hay un abismo entre las proclamas de Villacreces contra la lectura y la loa de la madre Teresa a los libros, impuestos a sus conventos por las *Constituciones* (n. 8):

Tenga cuenta la priora con que haya buenos libros, en especial *Cartujanos*, *Flos Sanctorum*, *Contemptus mundi*, *Oratorio de Religiosos*, los de fray Luis de Granada, y del padre fray Pedro de Alcántara, porque es en parte tan necesario este mantenimiento para el alma, como el comer para el cuerpo.

Los frailes rigurosos y los letrados

Los frailes descalzos crearon más problemas a la madre Teresa de Jesús, que los fundó movida por el anhelo apostólico, misionero, eclesial en definitiva, infundido por un franciscano lascasiano que acertó a ir por el locutorio de San José de Ávila y la hizo llorar por tantos indios como morían sin el bautismo. Ella quería, no hay duda, que sus frailes fueran predicadores y también letrados. El rigor por el rigor no entraba en el proyecto teresiano. Pero los carmelitas descalzos no siempre hicieron caso a la madre Teresa.

Ella misma nos ha relatado esta historia desde la primera fundación de Duruelo (1568) hasta los últimos días de su vida. Los primeros candidatos, es bien sabido, fueron fray Juan de Santo Matía, jovencísimo y todavía estudiante de Salamanca, y el ya entrado en años fray Antonio de Heredia, el prior de los carmelitas de Medina del Campo, en cuya fundación de monjas, la segunda, se hallaba la madre Teresa de Jesús, que narra con viveza el primer encuentro con quienes estaban dispuestos a ir a la Cartuja, símbolo del rigor sin relajaciones. A fray Juan lo llevó consigo a la fundación de Valladolid, cual novicio, para enseñarle “toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación como del estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas... Él era tan bueno, que, al menos yo, podía mucho más deprender de él que él de mí” (*Fundaciones* 13,5). Lo cual no quiere decir que fray Juan aceptara con sumisión todo lo que le enseñaba la Madre, que comunicaba al amigo Francisco de Salcedo (y la carta la llevaba a Ávila fray Juan de la Cruz camino de Duruelo, fines de septiembre de 1568):

Hable vuestra merced a este padre, suplicóselo, y favorézcale en este negocio que, aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios. Cierto él nos ha de hacer acá harta falta, porque es cuerdo y propio para nuestro modo, y así creo le ha llamado nuestro Señor para esto. No hay fraile que no diga bien de él, porque ha sido su vida de gran penitencia, aunque ha poco tiempo, mas parece le tiene el Señor de su mano, que aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios (y yo, que soy la misma ocasión, que me he enojado con él a ratos), jamás le he visto una imperfección.

(“Que me he enojado con él a ratos”, y me permito traer a cuento esta escena para que se vea cómo los santos también se enojaron, no sólo discutieron, entre ellos).

En Duruelo volverían a aparecer estas diferencias pues el del rigor por el rigor fue el estilo que se impuso en aquel primer convento, o lo que fuera, de los descalzos. No pudo (no quiso) vencer la curiosidad, y a los escasos meses de inaugurado el primer convento allí se presentó la madre Teresa, que describe magistralmente el estilo de vida que llevaban los primeros descalzos en aquel “lugarcillo” (jamás mienta el nombre de Duruelo: no lo recordaba o no lo aprendió o no quería recordarlo).

Puede percibirse la decepción que ocultan (y manifiestan) sus palabras en la descripción modélica que hace en el capítulo 14 de las *Fundaciones*: los recursos retóricos que emplea para convertir en ejemplar aquello que ni era convento ni era nada; las cruces y las calaveras que abundaban en aquel “portalico de Belén”; la maldición del tiempo en que tuvo honra por parte del padre Antonio de Jesús; las mortificaciones, el andar sin sandalias entre nieves; los temores por su salud; las conversaciones que tuvieron y el fracaso de la Madre en su denuedo por reducir a aquellos penitentes a la sensatez, un valor muy teresiano, y al estilo de vida que pretendía pues para ella era tan esencial eso, el estilo de vida. Y el fracaso es expresado con humildad:

Ellos, como tenían estas cosas que a mí me faltaban, hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras; y así me fui con harto grandísimo consuelo, aunque no daba a Dios las alabanzas que merecía tan gran merced. Plega a su Majestad, por su bondad, sea yo digna de servir en algo lo muy mucho que le debo, amén; que bien entendía era ésta muy mayor merced que la que me hacía en fundar casas de monjas.

Conviene acentuar esta última observación para damos cuenta de cómo la madre Teresa proyectó su fundación de hombres como algo distinto a la de las monjas y la importancia que para ella tuvo el servicio eclesial de sus frailes. Pero resaltemos también, como ella lo hace con su lenguaje irónico, que el rigor por el rigor no entraba en su designio, aunque no le hicieran mucho caso los primitivos.

Sintió la Madre que aquello no tenía porvenir. De hecho, al año y medio hubo que emigrar a Mancera, tan cercana y tan rural. Fray Juan, como maestro de novicios, al margen de sus ausencias para tratar de enderezar lo que pasaba en los otros conventos que no dependían tanto de la madre Teresa, Pastrana y Alcalá, poco tuvo que trabajar como formador allí. No hubo ninguna profesión en Duruelo. Sólo dos postulantes, que no profesaron allí, sino en Mancera, al año siguiente.

La crisis de crecimiento

En contraste con la penuria vocacional de Duruelo, el crecimiento conventual y demográfico de los descalzos (se los llamaba contemplativos entonces) fue espectacular e irrefrenable en la otra Castilla, incluso en Andalucía, donde el delegado por Roma no ponía tantos obstáculos ni las limitaciones que había para Castilla la Vieja: frente a

Mancera, solitaria, se fueron fundando los siguientes conventos: Pastrana 1569; Alcalá 1570; Altomira 1571; La Roda 1572; Granada 1573; La Peñuela 1573; Sevilla 1574; Almodóvar 1575, Calvario (Jaén) 1576; Baeza 1579. (Por supuesto, y a diferencia con los de la madre Teresa, ninguno de estos conventos llevaba el nombre de San José).

Los motivos de esta expansión vigorosa no eran sólo jurisdiccionales; actuaba también, y con más fuerza si cabe, el atractivo del rigor, pero el rigor extremo, clamoroso y, para criterios de hoy, absurdo, disparatado, cuando más extraño mejor, que era el que más se valoraba. No se podía esperar otra cosa de aquellos primeros conventuales de Pastrana: el ingeniero (apreciado y utilizado por Felipe II) Ambrosio Mariano, y el “pintor” Juan Narduch (fray Juan de la Miseria, el pintor, el retratista, de la Madre Teresa algo más tarde), llegados de soledades eremitas del desierto del Tardón, sin formación, sin contacto hasta entonces con la madre Teresa de Jesús y dependientes de los señores de Pastrana: el príncipe y la princesa de Éboli.

Era, aquél, un crecimiento anárquico, sin referencias de identidad, sin constituciones, sin normas. Todo iba bajo el signo del rigor. La madre Teresa lo veía con su perspicacia y con dolor, puesto que a ella los frailes no le hacían demasiado caso. Y no era para menos, como asentaba en el capítulo 23 de las *Fundaciones*:

Harto fatigada me tenían algunas veces. A los que pudieran gobernar, que era el padre fray Antonio de Jesús, el que lo comenzó, no le daban esa mano; ni tampoco tenían Constituciones dadas por nuestro reverendísimo padre general. En cada casa hacían como les parecía. Hasta que vinieran, o se gobernarán ellos mismos, hubiera harto trabajo, porque a unos les parecía uno y a otros otro.

Su preocupación maternal se expresa con palabras doloridas que manifiestan su profunda decepción: “que algunas veces me pesara de que se había comenzado, si no tuviera tan gran confianza de la misericordia de Dios. Digo las casas de los frailes”.

Como después de muerte santa Teresa, y expulsado de la Orden el padre Jerónimo Gracián se impuso el espíritu rigorista con la aversión a las letras personificado por el genovés Nicolás Doria, los cronistas de la orden (y sobre todo el padre Francisco de Santa María) se deshicieron en admiración hacia aquellos extremos. Hubo algún crítico, como el catalán Juan de Jesús Roca, no tanto contra el rigor de aquellas casas cuanto contra las fabulaciones que se habían fantaseado. Comunicaba al cronista de la orden que recababa información:

Lo otro que me avisaron que tiene vuestra reverencia escrito, es de ciertas relaciones que le dieron acerca de la casa de Altomira, diciendo que era tanta la necesidad que en ella pasaban los religiosos, que andaban paciendo las yerbas por aquella montaña. Y que

como no conocían las yerbas, enfermaba muchos y algunos morían. Y que por evitar este inconveniente dieron en llevar un jumento delante, y que pacían los frailes las hierbas que comía el jumento y dejaban las que él dejaba, lo cual, ‘salvo honore’ de quien lo dijo, yo lo tengo por patraña. Porque siendo yo novicio en Pastrana, me llevaron a aquella fundación, y supe yo que no les faltaba comida. Y después de profeso me enviaron por vicario de aquella casa, y no sólo no faltó comida, sino que teníamos para muchos religiosos, pasajeros y otras gentes, con estar entonces diez o doce religiosos, porque de todos aquellos lugares circunvecinos nos daban mucha limosna¹.

La imagen del rigor: Catalina de Cardona

Aquella constelación de fundaciones, a partir de Pastrana, se encontró con que el ideal a imitar no era tanto el propuesto por la madre Teresa, por fray Juan de la Cruz, que no pudo encauzarlos en sus estancias breves allí y en Alcalá, cuanto el vivido (y muy publicado) por una mujer, “la buena mujer”, de una santidad tan peregrina como fascinante para los rigurosos: Catalina de Cardona. Ricardo García Cárcel y Rosa María Alabrús han captado la realidad y el significado de quien tanto dio que hablar entonces, y, con acierto, en su libro que mira a las mujeres de aquellas espiritualidades, dedican un lugar muy oportuno, a “la buena mujer venida del yermo” y la presentan, con tino, como el “reverso caricaturesco de Teresa de Jesús” (pp. 36-37).

En efecto, después de muchas andanzas desde su nacimiento catalán, por Nápoles, por la Corte, por Valladolid, recabaría por cuevas y soledades. La protegieron los príncipes de Éboli, y en Pastrana (siempre la misma referencia) los frailes de allí la impusieron el hábito carmelitano, pero, eso sí, no el de monja, porque ella no quería ser monja, ni mujer, sino el de fraile, de hombre, con capucha y todo y tal como la captó algún retrato de entonces que se ha conservado. Se empeñó en que hubiese un convento de descalzos (no de descalzas), allí cerca de su cueva, por La Roda (Albacete), y para financiar su construcción, con su figura extraña, haría viajes de mendicidad aclamada por la Corte sobre todo y recaudaría, además de fama por sus comportamientos tan llamativos cuanto más extraños, mucho dinero para la edificación del convento de frailes. Fray Juan de la Misericordia, junto con fray Ambrosio Mariano, fueron sus valedores y propagandistas.

En cuevas y pasadizos, y por el monte, transcurriría la vida de aquella penitente de la que tantas cosas “admirables” se contaban y de las que ofrecemos solamente algunos testimonios. En primer lugar, el de fray Juan de

¹ Carta a José de Jesús María, 7 enero 1611, en Gabriel Beltrán Larroya (ed), *Fuentes históricas de la Provincia o. c. d. de San José (Cataluña y Baleares)*, Roma, 1986, pp. 694-695.

la Miseria, que pasó con “nuestra madre Catalina de Cardona” un año por la Roda. Narra en tonos hagiográficos la niñez, la juventud, el matrimonio breve, los avatares hasta el “asentamiento” en la cueva, en la que estuvo siete años, durante los cuales (y ya tenemos el rigor en el comer)

no comía sino tres onzas de pan cada día mojado en agua. Me contaba con fervoroso espíritu muchas veces que, como oveja, con su boca misma por tierra pacía y comía yerbas, las que ella conocía ser buenas de comer, y decía que cuando ponía su boca en tierra para morder las yerbas, le daba gran gusto y contento de verse como un animal pacer y comer las yerbas para despreciar a su cuerpo.

Bien es cierto que su fama le traería después alimentos suficientes. Pero siguió con sus mortificaciones en el dormir, con el hábito de fraile revelado en una visión, etc. etc., haciéndose pasar por hombre.

Santa Teresa da la sensación de asentir al estilo de vida de Catalina de Cardona. Cuando pasa por La Roda en 1580, para la fundación de Villanueva de la Jara, dice que va con mucho gusto pero lamenta que ya no viviera “la Santa” que fundó el convento, y dice algo que conviene tener en cuenta: que nunca vio a doña Catalina de Cardona: “que no merecí verla, aunque lo deseé mucho”; y que sí, en cambio, había recibido cartas suyas: “se llamaba ella doña Catalina de Cardona. Después de algunas veces que me escribió sólo firmaba: la pecadora”. No sabemos si la madre Teresa la escribió a ella, pero por fortuna regaló la hagiografía más hermosa que tenemos de Catalina de Cardona en el capítulo 28 de las *Fundaciones*. Su relato, escrito por 1580, rebosa ironía, por supuesto, como cuando describe a aquellos frailes del rigurosísimo y cardoniano convento de La Roda en la procesión que se organizó estando allí la madre Teresa e iban con sus capas blancas, que “parecían en aquel campo unas flores blancas olorosas”, y entonaban el *Te Deum* con “voces muy mortificadas”.

De acuerdo con su estilo, repite lo de los orígenes aristocráticos de la penitente en “una covezuela que apenas cabía”:

Terriblemente debía tratar su cuerpo. Diré lo que a ella misma oyeron algunas personas y las monjas de San José de Toledo, adonde ella entró a verlas. Dijo que había estado ocho años en aquella cueva, y muchos días pasando con las yerbas del campo y raíces. Vino nunca lo bebió, que yo haya sabido. Las disciplinas eran con una gran cadena, y duraban muchas veces d y media. Los cilicios tan asperísimos. Y más era lo que pasaba, según ella decía a estas monjas que he dicho, con los demonios: que le aparecían como unos alanos grandes y se la subían por los hombros, y otras como culebras; ella no les había ningún miedo. Deseosa de tener allí un monasterio, por inspiración divina se decidió que fuera de carmelitas descalzos, de los que no había oído hablar, y con este motivo recabó en Pastrana, cabe los príncipes que conocía... Allí, estando presentes todos los frailes, recibió el hábito de nuestra Señora del Carmen.

En sus andanzas por la corte recabando dinero, ya iba en olor de santidad, y, para tenerlo como reliquia, “unos le cortaban del hábito, otros de la capa”. Se fija la Madre en un milagro que se refería al sentido del olfato, muy especial para ella, que daba tanta importancia a los olores y del que le informaron las monjas (y no puede pasar desapercibido eso del olor a reliquias):

Todas me han afirmado que era tan grande el olor que tenía de reliquias, que hasta el hábito y la cinta (después que le dejó, porque le dieron otro y se le quitaron) era para alabar a nuestro Señor el olor. Y, mientras más a ella se llegaban, era mayor, con ser los vestidos de suerte (con la calor, que hacía mucha), que antes le habían de tener malo.

En algún momento, a lo largo de la narración, da la sensación de que está invitando a que sus monjas la imiten en sus virtudes asombrosas: “Y para que, viendo la penitencia de esta santa, veáis, mis hermanas, cuán atrás quedamos nosotras, y os esforcéis para de nuevo servir a nuestro Señor” (*Fundaciones*, 28, 21). Pero la sensación no se corresponde con la realidad, y baste con recordar lo que asentaba en una de sus relaciones espirituales (en las que lo que Dios le decía coincidía con lo que ella pensaba), y ocurrida en fecha incierta:

Estando pensando una vez en la gran penitencia que hacía doña Catalina de Cardona y cómo yo pudiera haber hecho más, según los deseos que me ha dado alguna vez el Señor de hacerla, si no fuera por obedecer a los confesores, que si sería mejor no los obedecer de aquí adelante en eso, me dijo: *Eso no, hija, buen camino llevas y seguro. ¿Ves toda la penitencia que hace?; en más tengo tu obediencia* (EDE, *Cuentas de Conciencia*, p. 993).

Conclusión: el sueño de la Madre Teresa

Frente a la amenaza del rigor, barroco y clamoroso, como estilo de vida de los descalzos, la Madre Teresa repetía y repetía lo importante de otras exigencias. La primera: la de contar con letrados, que ella identificaba con talentos. Se decía que a la Madre le gustaría que sus frailes fueran descalzos, pero descalzos del todo. Incluso se atribuía al padre Juan de Jesús Roca haber divulgado rumor. Y ella sale al paso en repetidas ocasiones, como en la carta escrita al constructor de cuevas para la Cardona, el padre Ambrosio Mariano (12 diciembre 1576):

Lo que dice el padre fray Juan de Jesús de andar descalzos, de que lo quiero yo, me cae en gracia, porque soy la que siempre lo defendí [lo prohibí] al padre fray Antonio, y hubiérase errado. Si tomara mi parecer, era mi intento el desear que entrasen buenos talentos, que con mucha aspereza se habían de espantar; y todo ha sido menester para diferenciarse de esotros.

Y ya hacia el final de su vida, por aquellos días de febrero de 1581, con el gozo de ser ya provincia aparte los descalzos, escribía a su sobrina la priora de Valladolid: “Sepa que no soy la que solía en gobernar: todo va con amor” (17 de febrero 1581).

Sin embargo, después de muerta la Madre, y cuando, con Gracián expulsado de los descalzos, se impusiera la mentalidad rigorista de su sucesor, el genovés Nicolás Doria, sería esta tendencia, la del rigor barroco y clamoroso, la que se impondría. El benemérito Efrén Montalvo estudió y documentó lo que supuso lo que él llama “escisión de Pastrana”, la del sector de frailes que preferían seguir a la Cardona en lugar de (o antes que) a la madre Teresa. Lo decía aquel maestro de novicios de Pastrana con el que no pudo fray Juan de la Cruz, Ángel de San Gabriel, en la Vida de la buena mujer Catalina de Cardona, su heroína (Biblioteca Nacional M, mss 4213):

Aunque me voy tras la corriente común diciendo que la M. Teresa de Jesús es fundadora de las monjas y frailes descalzos, llévame tras si la M. Cardona. Los frailes descalzos más tienen y mejor les está imitar a la ermitaña Cardona que a la monja Teresa. Es fuerza decirlo, que no es menos fundadora de los frailes descalzos la M. Cardona que la M. Teresa de Jesús, antes más; porque del convento de Pastrana que fundaron el P. Mariano y Fr. Juan de la Miseria, se ha multiplicado la orden más que de la casa de Mancera que fundaron los dos frailes calzados que redujo a descalzos la M. Teresa. Y aquella casa de Mancera ya acabó, y así la de Pastrana es agora la primera y, por consiguiente, la matriz y medida de vida².

Un poco como estrambote, pero que puede venir a cuento, y para terminar, resulta que la Cardona tenía sus preocupaciones además de las rigurosas. Lo cuenta por 1611 el padre Juan de Jesús Roca, el ya conocido fundador en Cataluña, que fuera tan apreciado por la madre Teresa. Estuvo dos meses en la Roda, “y muchos días gastaba platicando con ella”, de la que se dicen muchas inexactitudes, acota. Y confiesa (es lo que ahora interesa): “Ella me hizo hablar en catalán, y, no acertando tan bien como hablaba ella, me reprendió diciéndome que habiendo más tiempo que ella estaba fuera de Cataluña no se le había olvidado, que por qué se me había de olvidar a mí. Y lo hablaba bien”³.

² Efrén de la Madre de Dios, “La escisión de Pastrana”, en *Congreso Internacional Teresiano*, 4-7 octubre, 1982, Salamanca, 1983, p. 399.

³ En Beltrán Larroya, ed. cit., p. 694. Para información más completa, hay fuentes manuscritas numerosas que tratan de Catalina de Cardona, sobre todo las relaciones de la Biblioteca Nacional de Madrid (en los mss 3537 y 4213). Algún estudio más actual, además de los citados: María Isabel Barbeito, “Mujeres eremitas y penitentes. Realidad y ficción”, en *Via Spiritus* 9 (2002), pp. 185-215; Antonio y Adelaida Cortijo Ocaña, “Vida de la madre Catalina de Cardona por fray Juan de la Miseria”, en *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* 21 (2003), pp. 21-34.